

LLEVAR A LA PRÁCTICA Y VIVIR LOS SACRAMENTOS

Homilía de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú para el segundo domingo durante el año (20 de enero de 2008)

La liturgia de este domingo continúa teniendo un carácter de epifanía, es decir de manifestación de la divinidad de Jesús, manifiestan su divinidad y su misión. El domingo pasado meditábamos sobre la manifestación del Padre durante el bautismo del Señor "Este es mi hijo muy amado en quien me complazco" (Mt.3,17) hoy lo hacemos sobre la manifestación del Bautista "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn.1,29); Jesús presentado por el Padre como su Hijo muy querido es ahora presentado por Juan como el Cordero inocente que será ofrecido en sacrificio para la expiación de los pecados, y así toman forma las profecías sobre el siervo sufriente, que no será otra que la del Hijo entregado al sufrimiento y a la muerte .

No se trata pues de un Mesías al tenor del que esperaban los Judíos de la época, un Mesías político liberador de Israel, y triunfante sobre los enemigos; venido sobre Israel a darle el poder y la gloria terrenos; sino que será un Mesías, el "Siervo de Yahvé" anunciado por Isaías que toma sobre sí las iniquidades y pecados de los hombres y las expía con su muerte. Aquí en las profecías sobre el "Siervo de Yahavé" toman un carácter salvífico y liberador del pecado y de la muerte; el sufrimiento y la muerte se hacen vida y eternidad para el hombre peregrino en la tierra. Será luz y salvación, no solamente sobre Israel, sino para toda la humanidad, y en él se manifiesta la "gloria de Dios". Dice Isaías hablando sobre el Siervo de Yahavé, "Tu eres mi Siervo en quien me gloriaré...Te voy a poner por luz de las gentes para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra" (Is. 49,3.6).

Así el que es presentado como "siervo" en el Antiguo Testamento, es presentado como "Hijo" en la Nueva Alianza, en la plenitud de los tiempos. La divinidad de cristo resplandece: Es el Unigénito del Padre, es Dios como el Padre, que asume la naturaleza humana, se anonada, aunque no disminuye para nada su divinidad, sino que se esconde, no se mostrará sino en ciertas oportunidades, como en estas teofanías o la Transfiguración, y tomando la forma de esclavo y abajándose sin más hasta la condición de un cordero ofrecido en holocausto.

Sin embargo los cristianos miramos, que mediante este sacrificio que desemboca en la resurrección, recupera plenamente su gloria de Hijo de Dios y conlleva el poder de participarla a toda la humanidad, liberándola del pecado y de la muerte, y dándoles a todos la condición de hijos de Dios. Ya vemos como Juan, reconociéndolo como, el que esta antes que él, reconoce y publica la prioridad absoluta de Cristo y de su misión, "él es elegido del Señor venido ya no a bautizar con agua, sino en el Espíritu Santo". Misión que deja a los Apóstoles, pero que para cumplirla, deberán estar íntimamente unidos a él en todo y en todo dependientes de él.

El nos ha hecho hijos de Dios y nos ha legado su misión, no solo apostólicamente, sino como cristianos y discípulos (Ap.); todos tenemos la misión

de predicar el evangelio de Jesús y de llevar a los hombres a la práctica de los sacramentos y a la vivencia de los mismos. Enfrentar con los principios evangélicos el relativismo del mundo contemporáneo y su indiferencia para con Dios, Señor de la historia ayer, hoy y siempre.

Si humildemente llevamos el evangelio a los hombres encontraremos la recompensa en el día final.

Que la Virgen Madre y Señora entre todos los Santos nos proteja y nos haga portadores del evangelio en el mundo.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú